

CARMEN MAGALLÓN PORTOLÉS

Irracionalidad inhumana y futuro de paz

El terrorismo es una locura. Una locura del tiempo que nos toca vivir ante la que hemos de reaccionar activamente. El atentado contra la vida humana es la máxima expresión de irracionalidad de que podemos hacer gala, pues la vida es nuestro máximo bien. Si la destrucción de vidas humanas se lleva a cabo en circunstancias como las que hemos visto por televisión en Nueva York, contra personas inocentes, insertas en su rutina de trabajo o de ocio, viviendo simplemente, entonces la irracionalidad es además profundamente inhumana. Pues niega los límites y los vínculos que nos debemos como especie.

Tras el lamento por las víctimas, tras la solidaridad con el pueblo estadounidense, queda el presente y queda el futuro. En el presente están los afectados y está el dolor. Al dolor, asiento de sentimientos encontrados, hay que buscarle una vía de expresión que no vaya dirigida a alimentar la espiral de violencia enfrentando a unos grupos contra otros. Y no debiéramos ahora tomar caminos equivocados en la estela de la irracionalidad de un grupo suicida. Hablar de guerra, de acciones de guerra, aumenta la tensión y puede conducir a legitimar acciones que en sí mismas no lo son. Una cosa es castigar a los culpables y otra llevar a cabo acciones que atenten contra la vida de nuevos inocentes. Desde otra lógica, es precisamente el reconocimiento del dolor como denominador común ante la violencia el sentimiento que puede conducirnos a romper los estereotipos y los bandos, y puede empujar a la reflexión acerca de la futilidad de nuestras peleas. En estos días hemos podido ver cómo muchos de los considerados enemigos han manifestado no compartir este brutal ataque y se han unido al dolor de las víctimas. En el periódico aparece una foto de un joven palestino con una pancarta que reza: "El terror es nuestro enemigo común". El dolor que produce ese terror, si se comparte desde una concepción mínima de seres humanos igualmente vulnerables, puede ser un lazo para estrechar vínculos entre las personas y entre los pueblos. Seguramente, es en los momentos más trágicos cuando pueden darse los gestos

Carmen Magallón Portolés es miembro del Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza y vicepresidenta de la Asociación Española de Investigación para la Paz (AIPAZ)

más sublimes de reflexión y de acercamiento entre anteriores enemigos. Adoptarlos no es un signo de debilidad sino de fortaleza, de una fortaleza más humana que no se asienta en la capacidad de matar sino en la grandeza de ser capaces de convivir.

Para un futuro inmediato, algo que debiera preocuparnos es cómo una mente humana puede llegar a distorsionar su propósito en la vida, hasta deshumanizarse de ese modo, planeando y llevando a cabo atentados de este calibre. Y debiera preocuparnos más allá de los términos de seguridad clásicos, que se han mostrado incapaces de hacer frente a la impotencia y la frustración que crecen en algunas mentes. Más armamento no nos conducirá a una mayor seguridad. Hoy, más que nunca, vemos que no hay escudo antimisiles capaz de protegernos de un empeño inhumano autoinmolador de las características que hemos contemplado. Lo que nos conduce a un aserto tantas veces postulado por la investigación para la paz: hay que desarmar la mente humana. Ahí esta la clave. Y ahí está nuestro reto: cómo construir un mundo globalizado en el que la acción política, la estructura económica y la coexistencia de culturas diferentes se asienten en valores humanos, de reconocimiento, de respeto y de justicia, pues es en ese entramado de condiciones materiales, creencias y reconocimientos simbólicos en el que se configuran de manera compleja nuestras mentalidades. Un mundo que permita a todos —no sólo a los que habitamos una determinada área del planeta— alcanzar nuestras capacidades, nuestro proyecto vital, sin deshumanizarnos, sin destruirnos mutuamente.

Una reflexión serena y profunda de lo acontecido habría de reafirmar hoy la cooperación y el apoyo mutuo, tanto en términos materiales como simbólicos, como única guía de acción política capaz de construir una convivencia en paz, y, en definitiva, un futuro para la especie humana.